

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1894 ✧ NÚMERO 5

— Con el presente número se entregará el cuaderno 5.^o de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —

AVISO IMPORTANTE

Al objeto de que se pueda encuadernar aparte la preciosa novela EL CABALLO BLANCO, hemos compaginado de manera que, cortando el número por la mitad, quede separado del cuerpo del periódico sin alterarse el orden de materias de éste, y con numeración aparte.



BAYARDO LE PREGUNTÓ SI POR SÍ SOLO HABÍA HECHO AQUEL PRISIONERO

SUMARIO

La página de Bayardo.—Kield (conclusión).—El caballo blanco (continuación).—El rey Ness.—Variedades.

EPISODIO DE LA GUERRA

LA PÁGINA DE BAYARDO

Cuando el emperador Maximiliano estaba sitiando á Padua con los franceses, borgoñones, alemanes y españoles, servía bajo sus banderas, en el séquito del caballero Bayardo, cierto joven del Delfinado, hijo del Sr. de Boutières. Aunque no había cumplido aún diez y siete años, como era de noble raza y tenía grandes deseos de seguir los pasos de sus antecesores, un día, al darse una carga contra una fuerza de arqueros venecianos, precipitóse sobre el abandonado cuando estaba cerca del foso, y cogióle prisionero, aunque era un hombre corpulento, en toda la fuerza de la edad.

Acto continuo, condújole á presencia de Bayardo, que, algo sorprendido, preguntó al joven si había hecho por sí solo aquel prisionero.

—A fe mía, sí, señor,—contestó el joven, á quien el caballero escuchaba muy complacido; —y Dios sabe que obró con prudencia al rendirse; pues, de lo contrario, le habría dado muerte.

—Este joven caballero,—dijo Bayardo, volviéndose á varios capitanes venecianos á quienes él había hecho prisioneros, y á los que, sin embargo, convidaba á su mesa con su acostumbrada galantería,—ha sido mi paje solamente una semana; y, según ya veis, es casi barbilampiño. En Francia no confiamos nuestras banderas sino á los que saben defenderlas bien.

El veneciano, humillado por las evidentes deducciones que se podían hacer de estas palabras, juró que no se había rendido por temor al joven, que por sí solo no hubiera podido apoderarse de él.

—¿Oyes lo que dice, Boutières?—preguntó Bayardo.—Tu prisionero asegura que no eres tú bastante hombre para cogerle.

—¿Quiere su señoría concederme un favor?—preguntó el joven.

—Veamos cuál.

—Que se me permita devolver al prisionero su caballo y sus armas; y, después de haber yo montado en el mío, que se nos permita alejarnos un poco. Entonces, si vuelvo á cogerle prisionero, morirá; pero si consigue escapar, que se le deje libre sin pagar rescate.

Al caballero Bayardo le agradaban mucho estas cosas, y concedió alegremente el permiso; pero el veneciano dió muestras de no estar conforme, é inútil parece decir que fué objeto de burla en el campamento al rehusar aquel reto.

KIELD

(Conclusión)

En un instante, todos los ladrones estuvieron en pie y precipitáronse hacia la escalera, sin explicarse quién podría ser aquel intruso. Al ver al anciano que corría á través de los brezales, lanzáronse en su persecución; pero la noche era tan oscura, que solamente á corta distancia se podía distinguir la dirección que había tomado.

Al salir de la espesura, el fugitivo encontró un caballo perteneciente, sin duda, á uno de los ladrones; montó en él y púsole al galope, sin recordar que el camino que tomaba alejábale más y más de Endrupholm.

Los ladrones, sin embargo, continuaron la persecución, á pesar de la ventaja que les llevaba el jinete; pero éste debía seguir el camino que atravesaba el brezal, trazando muchas sinuosidades y recodos; mientras que los perseguidores, conociendo el terreno palmo á palmo, corrían por los atajos, tan aceleradamente que á los pocos minutos uno de ellos alcanzó al fugitivo, y, cogiendo la cola del caballo, arrollósele en la muñeca, llamando á sus compañeros.

El anciano miró á su alrededor: convenciéndose al punto de que su vida dependía de la acción inmediata, y, desenvainando su acero, descargó un golpe sobre el ladrón. Tan densa era la oscuridad, que el fugitivo no pudo ver si había herido; pero oyó un grito penetrante y el ruido de un cuerpo que cae en tierra.

El anciano quedó otra vez libre, y, oprimiendo con los tacones de las botas los ijares del caballo, hízole galopar hacia la ciudad de Varde. Al acercarse al Vase, un extenso prado y una calzada que conducía á la puerta sur de la ciudad hallábanse inundados, así como también el camino, tanto, que era imposible pasar.

Después de reflexionar un momento, el anciano juzgó lo más acertado dirigirse á Gellerup y permanecer allí hasta la mañana siguiente; pues, aunque durante algunos minutos había dejado de oír á sus perseguidores, no se atrevía á volver por el mismo paso, temeroso de encontrarlos otra vez. En su consecuencia, encaminó á su caballo á Gellerup, á donde llegó poco después.

Aquí encontró todas las puertas cerradas; hasta en el mesón habían apagado todas las luces, y el fugitivo se disponía ya á continuar su marcha, cuando distinguió un ligero resplandor en la ventana de una cabaña aislada.

El señor de Endrupholm encaminó hacia ella su caballo y llamó á la puerta. Una mujer joven y un muchacho le recibieron, y concedieronle de la mejor voluntad la hospitalidad que pedía. La joven fué á buscar una linterna para que el viajero condujese su caballo á la cuadra; y cuando éste quedó arreglado para pasar la noche, y en el momento de salir de aquélla, el muchacho que iba detrás exclamó:

—¡Oh! ¡Mirad lo que cuelga de la cola del caballo!

Al pronunciar estas palabras, el chico separó de la cola, cuyas cerdas estaban muy enredadas, una mano de hombre cortada por la muñeca y acercóla á la luz.

La joven profirió un grito, y el anciano enmudeció de asombro al ver el miembro mutilado; pero comprendió que debía pertenecer al ladrón á quien había herido.

—Mira, Juana,—continuó el chico, que, mudo de estupor, examinaba el miembro;—esta mano es la de mi hermano. La reconozco por

El anciano aparentaba haber desechado todos los recuerdos desagradables sobre su aventura nocturna. Estaba de buen humor y contento como de costumbre, y excusóse de haber pasado la noche fuera, diciendo que mientras buscaba á Kield encontró á varios amigos que volvían de la caza, los cuales se empeñaron en que les acompañase para pasar la noche con ellos.

El día siguiente al en que ocurrieron estos hechos era el cumpleaños de la hija del castellano, y, según antigua costumbre en Endrupholm, debía celebrarse con mucho regocijo.



KIELD: El anciano tiró de su espada y descargó un golpe sobre el ladrón

la cicatriz que tiene en el pulgar, y este anillo es el que llevaba siempre.

La joven fijó en el muchacho una mirada de cólera, y guiñó un ojo como para imponerle silencio, lo cual fué suficiente para que el anciano experimentase de nuevo profundo terror, pues no podía dudar que los habitantes de la cabaña eran cómplices de los ladrones. En su consecuencia, sin pronunciar palabra, sacó su caballo fuera de la cuadra, montó y dirigióse á Varde, temiendo á cada instante ser alcanzado por los ladrones.

Cuando estuvo cerca del Vase, hizo el voto de fundar una iglesia en aquella población si conseguía atravesar la corriente sin percance alguno. Después dejó al caballo seguir su camino, y pudo alcanzar la orilla opuesta sano y salvo.

Al día siguiente, cuando volvía á su casa, encontró á Kield, á primera hora de la mañana, en camino hacia Endrupholm. El joven dijo que su caballo había caído en una zanja durante la cacería; que, perdido el conocimiento y muy maltratado, le habían sacado de allí algunos campesinos, los cuales le condujeron á casa de un cirujano, donde se le curaron las heridas; y que su novia había pasado la noche en la mayor ansiedad por la ausencia de él y la de su padre.

A primera hora de la tarde, los convidados se reunieron en la casa-castillo. Todos estaban alegres y contentos, y solamente Kield, contrariamente á su costumbre, parecía pensativo y taciturno; pero su pálido rostro demostraba bien á las claras que esto era debido al accidente de la noche anterior.

Con su prometida mostrábase tan afectuoso como antes, y durante la comida pronunciáronse muchos brindis por la futura dicha de la joven pareja. Luego se pasó agradablemente el tiempo relatando historias y anécdotas.

Cuando todos hubieron apurado su provisión de cuentos y la conversación comenzaba á decaer, el señor de Endrupholm hizo ademán de tomar la palabra, y, mirando á todos sus convidados, invitóles á prestar atención.

—Ahora os referiré,—dijo,—el extraño sueño, ó, más bien, pesadilla, que anoche me acosó, y os aseguro que es la más extraordinaria que jamás tuve.

Dicho esto, el anciano comenzó á relatar los sucesos de la noche anterior. Manifestó cómo había llegado por la espesura á la inmediación de los túmulos, cómo oyó pronunciar su nombre, cómo siguió á una anciana hasta cierta cueva y pudo ocultarse debajo de un catre viejo al llegar los ladrones que habitaban aquella guarida.

—No pude ver el cadáver que llevaban,—continuó el anciano;—pero cuando cortaron el dedo que tenía el anillo de oro parecióme que había saltado hasta debajo de la cama que me servía de escondite. Y, á pesar de ser todo esto un sueño, aquí podéis ver... el dedo cortado.

Al pronunciar estas palabras, el anciano sacó el dedo de su faltriquera y colocólo sobre la mesa.

Todos los presentes dejaron escapar una exclamación de asombro; pero en ninguno produjo la historia tan profunda impresión como en Kield. Más bien que pálido, lívido, levantóse de su asiento como para salir de la sala; pero el anciano le detuvo.

—Es preciso, querido yerno,—díjole con tono amistoso,—que permanezcáis aquí, cuando menos para oír mi historia hasta el fin, porque aún me falta contar lo mejor.

Y, después de haber hecho sentar á su futuro yerno, como se complació en llamarle, refirió de qué modo había conseguido escapar de la cueva, montar en un caballo y huir de sus perseguidores, enumerando después las dificultades que encontró en el Vase, las cuales le obligaron á dirigirse á Gellerup.

—Un muchacho,—continuó el caballero,—reconoció la mano cortada que se había enredado con la cola de mi montura, y exclamó que era la de su hermano. Parecióme que yo llevaba dicha mano cuando continué mi marcha; y aunque todo esto, como podéis imaginar muy bien, no pasa de ser una pesadilla, aquí os presento, no obstante, la mano en cuestión. Así diciendo, el señor de Endrupholm presentó el objeto de que hablaba, y púsole sobre la mesa, donde todos pudieron ver que la mano había sido cortada por más arriba de la muñeca.

Sin hacer aprecio, al parecer, de la muda sorpresa y la estupefacción de todos cuantos le rodeaban, el caballero continuó su relato.

—También me pareció,—dijo,—que yo conocería la mano por el anillo que lleva en uno de los dedos, y, al examinarla más de cerca, me persuadí que pertenecía á una de las personas que frecuentan mi casa.

Al decir esto, el caballero se levantó de la silla, cogió la mano y arrojóla al rostro de Kield, que, más muerto que vivo, había escuchado la narración.

—¡Toma, Kield!—exclamó el caballero.—¡Toma tu anillo, y mira si esa mano sienta bien sobre el muñón que ocultas con un vendaje!

Todos los presentes se levantaron, todas las miradas fijáronse en Kield, que llevaba el brazo en cabestrillo; mas el anciano, precipitándose hacia el joven, rasgó el vendaje con vigorosa mano, y todos pudieron ver que la mano había sido cortada.

—En este momento,—continuó el caballero,—vuestra guarida está rodeada por toda la policía de Varde; tus compañeros se hallan en poder de la justicia, y paréceme que se acercan ya los que deben conducirte á un lugar más propio para ti que la casa de un caballero.

Kield era el jefe de los bandidos, y había

tratado de entrar en relaciones con el señor de Endrupholm para robarle todo cuanto tenía.

Los compañeros de Kield, juntamente con su jefe, fueron sometidos al tormento de la rueda, y se les decapitó sobre el mismo túmulo que durante tanto tiempo les sirviera de guarida.

El anciano, cumpliendo con su voto, mandó erigir el templo conocido con el nombre de *Iglesia Pequeña* de Varde; y asegúrase que, al poner la primera piedra, expresó el deseo de que fuera maldito para toda una eternidad el primer hombre que intentara demoler aquella construcción.

Hace pocos años, cuando se trató de proceder al derribo de la iglesia, ningún labrador quiso poner manos á la obra, antes de que el cura hubiese arrancado la primera piedra de la pared.



EL REY NESS

Como á unas cuatro millas de Fredericia, y en el punto donde ahora se halla el pueblo llamado Egeskov, elevábase en otro tiempo un castillo del mismo nombre. Su último señor había sido Lars Brokhuns; pero antes de que el castillo cayese en su poder, pertenecía á un caballero llamado Borre, que le habitaba con su hija Meta. Como este caballero distaba mucho de ser rico, deseaba, naturalmente, ver á su hija casada antes de morir, y, en su consecuencia, resolvió hacer un *Bendeskur*, es decir, dar una reunión para ver si su hija encontraba novio.

En otros tiempos, esto era una fiesta á la que acudían los nobles, caballeros y señores, porque, con este motivo, corríase la sortija y entregábanse á otros recreos, obsequiando después á la hija de la casa con ricos presentes.

Meta era singularmente hermosa y de carácter afable, lo cual bastaba para que en la fiesta se reuniesen muchos caballeros. Algunos días antes de comenzar los regocijos, todas las habitaciones de Egeskov estaban ocupadas por huéspedes, y aún seguían llegando otros; de modo que Borre no supo, al fin, proporcionar alojamiento á todos los forasteros.

El último día, antes de comenzarse á correr la sortija, llegó á Egeskov un caballero joven con numeroso séquito; llevaba una armadura magnífica, y, sin duda, era muy orgulloso y arrogante, pues miraba con aire de sarcasmo á

todos cuantos se dirigían al castillo al mismo tiempo. Entre ellos iba un caballero llamado Ebbe, dueño de un castillo situado al oeste de la caleta de Veilefiord, que por el otro lado de Rosenvold se corre entre Veilby y el distrito de Gaarslev; y era tan proverbial su pobreza, que siempre se citaba su nombre cuando se quería hacer una comparación con las personas menesterosas, asegurando algunos que no tenía qué comer, ni siquiera fuego para calentarse.

Aquel día montaba un caballo que en sus buenos tiempos había sido un magnífico cua-

avergonzase poner de manifiesto su pobreza. Sin embargo, cuando llegó el momento de correr la sortija, fué el primero de todos, y, por más que el Sr. de Olaf se esforzó, dirigiendo con destreza su caballo, no le fué posible enganchar más de un anillo con su lanza, mientras que Ebbe se llevó tres.

Cuando se hubo terminado este ejercicio, los caballeros comenzaron á probar su destreza en justar, y en esto Ebbe fué durante largo tiempo el más afortunado, por lo cual retó á Olaf, que había desmontado ya á varios de sus com-



EL REY NESS: Olaf fué declarado vencedor...

drúpedo, pero que ahora era viejo y flaco. La armadura del caballero tenía composturas en muchas partes, y en el manto que llevaba hubiérase podido ver también algún remiendo.

Cuando Ebbe y el Sr. de Olaf (así se llamaba el caballero orgulloso) estuvieron casi tocándose, éste último comenzó á criticar al otro, y en el instante en que los dos llegaban á la puerta del castillo, Ebbe se detuvo, mientras que Olaf y su séquito se apresuraban para entrar primero.

—Daos prisa, — exclamó Ebbe, dirigiendo la palabra al caballero altivo; — pues cuando el señor entra en su castillo, sus criados é inferiores deben precederle para abrirle paso.

Poco después los dos llegaron al campo de las carreras, donde las miradas de todas las damas y señoritas fijáronse en Olaf al observar su apostura y costoso equipo. En Ebbe, por el contrario, nadie paró la atención, y el caballero permaneció detrás de los otros, como si le

petidores; pero, al fin, comenzó á cansarse, y su caballo viejo tropezaba á cada instante. Olaf, por el contrario, montaba un robusto cuadrúpedo, pues había cambiado de montura después de correrse la sortija.

Ebbe, no obstante, se aventuró al encuentro luchando valerosamente mientras le fué posible; pero muy pronto Olaf le venció, derribándole del caballo. El pobre caballero se retiró, y, no habiendo ya más competidores, Olaf fué declarado vencedor y recibió el premio de manos de Meta.

Llegada la noche, todos los caballeros se reunieron en la sala del anfitrión, donde se les permitía entrar, según su categoría y clase, con los presentes que debían hacer á Meta. Los más llevaban costosos objetos; pero en este punto también el Sr. de Olaf aventajó á los otros. Además del rico regalo que destinaba á Meta, dió al caballero Borre dos diminutos castillos de oro macizo, diciéndole:

—Estos dos castillos representan otros dos que me pertenecen, y los compartiré con vuestra hija si queréis concederme su mano.

El último de todos fué Ebbe. Todos los caballeros se sonrieron al verle presentarse ante Borre tan pobremente vestido, sin llevar ningún regalo, y el joven caballero no dejó de notar su desdén; mas sin hacer el menor aprecio dobló la rodilla, y dijo en voz alta, como para que todos le oyeran:

—Me acerco á vos el último, como conviene á un hombre pobre, tan inferior á los demás aquí presentes por su condición y riqueza; pero complázcome en depositar á vuestros pies lo más precioso que poseo.

Y, al pronunciar estas palabras, colocó su espada en el suelo, delante de Meta.

—No es gran cosa desprenderse de eso,—observó el Sr. de Olaf, con expresión desdeñosa,—puesto que hace muy poco fuisteis vencido, teniendo esa espada en la mano.

—Si nuestras condiciones hubieran sido más iguales,—repuso Ebbe,—es muy posible que hubierais sufrido algún percance bajo esta espada.

Algunos de los presentes intervinieron para poner paz, y después de separarse los dos rivales, convínose, entre los caballeros allí reunidos, conceder un mes de plazo á Meta para que hiciese su elección.

Al día siguiente organizóse una gran cacería, y ya desde el amanecer comenzaron á oírse en el bosque los sonidos de las bocinas, pueblo mismo aquí que en las justas, los caballeros ansiaban hacer alarde de su destreza. Las damas, según costumbre de la época, tomaron parte en la cacería, y persiguieron al ciervo con todo el ardimiento del sexo masculino. Las más de ellas reuniéronse al rededor de Meta; pero delante iba el Sr. de Olaf, y, á juzgar por las amistosas miradas que la hija de Borre le dirigía, hubiérase creído que á él le favorecería la elección.

Ebbe iba el último de todos; su caballo no estaba repuesto aún de las fatigas del día anterior, y no quería, por lo tanto, cansarle más, con tanto mayor motivo cuanto que le importaba poco ir en último término.

Así pasó la mayor parte de la tarde, y la cacería siguió su curso, alejándose cada vez más hacia Trelde; pero de improviso, al penetrar Ebbe en un sendero que cruzaba el paso, vió á Meta volver, dirigiéndose hacia él. Después de haber caminado los dos juntos breve rato, Meta le dijo:

—Estoy cansada de perseguir á las liebres y á los ciervos, y quiero que pasemos bajo estos verdes árboles. ¿Por qué os habéis quedado tan atrás? ¿No os gusta la caza?

—Ciertamente que sí,—contestó Ebbe;—pero mi pobre caballo es viejo, está cansado, y no es justo fatigarle más.

—Creo,—repuso Meta,—que sería mejor desprenderos de ese cuadrúpedo para no quedaros siempre atrás en las justas y otras nobles diversiones.

—No haría yo tal cosa de buena voluntad,—

dijo Ebbe,—porque este caballo es todo cuanto mi padre me dejó. Durante muchos años hizo uso de él, y ha prestado muy buenos servicios, por lo cual no sería justo abandonarle. Le mantendré, á pesar de mis escasos medios, ahora que es viejo.

—¿Sabéis lo que me ocurre, Ebbe?—replicó Meta.—Haré un cambio con vos: dadme vuestro caballo y tomad el mío; es joven y brioso, y de aquí en adelante no deberéis quedaros siempre en el fondo, pudiendo figurar en primer término.

—Apenas podríais consentir en tal cambio,—replicó Ebbe;—y en cuanto á mi caballo, debe estar donde yo me halle, porque es mi mayor tesoro.

—Pues, entonces,—repuso Meta,—vuestras palabras de ayer eran falsas, cuando me dijisteis que me dabais el objeto de más valor para vos...

Y antes de que Ebbe tuviera tiempo de contestar, Meta picó espuelas á su caballo é internóse en el bosque.

Al día siguiente todos los caballeros salieron de Egeskov, é invítóseles á volver al cabo de un mes para que supiesen qué regalo había preferido Meta, y á quién daría, por consiguiente, la mano de esposa.

La joven se asomó al balcón á fin de saludar cortésmente á los caballeros á medida que pasaban; pero tocó el turno á Ebbe, el último de todos, y Meta volvió la cabeza y no quiso hacer el menor ademán.

Abatido por el mal resultado de su visita, el caballero emprendió la marcha por el camino que conducía á Nebbegard. Cuando llegó á la parte del bosque donde el pastor de Egeskov apacentaba su rebaño, acercóse á él y le dijo:

—Ve á saludar en mi nombre á la señorita Meta de Ebbe, y dile que cuando me ofreció ayer cambiar de caballo con ella, rehusé porque apreciaba en más el suyo; pero que debe creer que hablé la verdad al decirle que el mío era el objeto que más quería en el mundo. Después refiere lo que vas á ver ahora.

Ebbe acarició su caballo, y cuando el animal inclinó la cabeza sobre el hombro de su amo relinchando de alegría, el caballero exclamó:

—Te sacrifico y te ofrezco á la hermosura de Meta.

Al decir esto, desenvainó su espada y mató al cuadrúpedo.

Así terminó el *Bendeskur* de Egeskov.

Casi todos los caballeros que habían asistido á la fiesta estaban casi seguros de que Olaf sería el afortunado y obtendría la mano de Meta, no solamente por su juventud, su apostura y otras relevantes cualidades, sino porque estaba emparentado con un hombre á quien el caballero Borre no quería, seguramente, tener por enemigo.

En la punta de Trelde, rodeada y oculta por espeso bosque, existía en aquella época un castillo perteneciente á un rico y poderoso rey Ness (ó rey del mar), llamado Trolle. Su

reputación era tal, que no había un espacio de terreno en todo el país donde no fuese conocido, al menos de nombre.

Desde el principio de la primavera hasta muy entrado el invierno, recorría las costas de Jutlandia, Fzen é Islandia, con sus bien tripulados barcos, para saquear á cuantos mercaderes encontraba, y no pocas veces desembarcaba allí donde veía oportunidad de coger algún botín.

Trolle era hombre de tan extraordinaria fuerza y valor, que no necesitaba confiar en el número de sus compañeros. A menudo había hecho frente él solo á cuatro hombres, y siempre los venció.

Aunque los reyes daneses, ya en aquel temprano período, trataron de reprimir los desmanes de aquel hombre sin ley, que perturbaba á los pacíficos habitantes del reino, entorpeciendo principalmente el tráfico, no hubo, sin embargo, ninguno que tuviera audacia suficiente para poner coto á sus desmanes. Trolle se reía de las leyes del rey, é importábale poco que se le considerase como un renegado. En los mares era dueño absoluto donde se presentaba con sus barcas, y su castillo en el Ness de Trelde estaba tan bien fortificado, que no debía temer una sorpresa.

El caballero Borre, el más próximo vecino de Trolle, no estaba nada satisfecho de tener tan cerca semejante hombre, sobre todo porque á menudo debía sufrir muchas molestias y enojos durante los meses de invierno, en cuyo tiempo el rey de Ness permanecía en su castillo de Trelde.

Después de sufrir muchas vejaciones, resolvió, al fin, adoptar un plan para librarse de su adversario, y antes de la Navidad envió un secreto mensaje á todos sus vecinos. Todos acudieron, y acordóse que cada cual reuniera tranquilamente el mayor número posible de hombres adeptos para atracar á Trolle en la víspera de Año Nuevo. Convenido esto, así como también el medio más propio para emprender el ataque, separáronse, y cada cual volvió á su casa.

Pero en la noche del día siguiente, hallándose los confederados reunidos en una fiesta que se celebraba en la vecindad, el rey de Ness y sus hombres, penetrando de repente en la sala del banquete, apagaron las luces, apoderáronse de cinco caballeros y condujéronlos á Trelde, donde se les tuvo encerrados hasta que pagaron un crecido rescate.

Nadie pudo imaginar cómo Trolle había descubierto sus planes; mas lo cierto es que desde entonces ninguno de sus vecinos pensó ya en atacar á semejante adversario, juzgando más prudente sufrir con paciencia las contrariedades á que se les sometía.

El padre de Ebbe había sido uno de los confederados, y su pobreza era por mucho consecuencia del pesado rescate que había debido satisfacer para recobrar su libertad. Cierta día, muy poco antes de comenzar los festejos en Egeskov, Borre fué á cazar y volvía á la caída de la tarde cargado de buenas piezas,

cuando, al llegar al límite entre Egeskov y Trelde, encontró á Trolle, que también había ido á cazar aquel día.

—No piensáis en el pasado, caballero Borre, —dijo el pirata con una mirada irónica, —y andáis por aquí matando animales en nuestros bosques, por lo cual será necesario poner coto á los desmanes.

—No he cazado en vuestro dominio, Trolle, —contestó el caballero, —y el derecho de cazar aquí me pertenece.

—Poco importa que os pertenezca ó no el derecho, —replicó Trolle; —pues cuando hayáis ahuyentado la caza de vuestros bosques, el ciervo pasará desde los míos á los que poseéis; mas creo que encontraré remedio para todo cuando juzgue conveniente aplicarlo. Los que más extendiéndose los brazos, más pueden coger, según dice un antiguo proverbio; pero esta vez pasaré todo por alto, pues he oído decir que Olaf mira con buenos ojos á vuestra hija.

Así diciendo, el rey de Ness se dirigió hacia Trelde tranquilamente.

Olaf era su hijo.

Resumiendo nuestra historia, diremos que Ebbe volvió á su casa después de matar á su pobre caballo.

A los ocho días de haber ocurrido este incidente, su criado entró en su cuarto cierta mañana para decirle que á la puerta del castillo había un magnífico caballo ensillado ya, sujeto por la brida á una argolla y que se ignoraba á quién pudiera pertenecer.

Muy sorprendido, Ebbe salió para ver el caballo, que pafaba orgulloso é impaciente. Las riendas eran de seda carmesí, y en una de ellas veíanse bordadas las siguientes palabras:

«Una marcada diferencia se compensa fácilmente.»

Apenas hubo leído Ebbe estas palabras, comprendió su significado, y su corazón latió de alegría al pensar que aquel magnífico cuadrúpedo era un regalo de Meta. Condujo al caballo á la cuadra del castillo, y pasó el tiempo que faltaba para cumplirse el mes de plazo señalado por la hermosa entregado á diversos ejercicios, sin olvidarse nunca de pasear el caballo de Meta.

Al terminar el mes, los caballeros volvieron á reunirse en Egeskov para saber la decisión de la seductora joven. Borre y su hija los recibieron con la misma cordialidad de la primera vez, y después de concluir el banquete, el anciano caballero los condujo á la gran sala de recepciones, donde se hallaban en un aparador todos los regalos ofrecidos en su primera visita.

Meta entró en la habitación al lado de su padre, y, con gran sorpresa de todos, cogió la espada del caballero pobre, y, besando la empuñadura, dijo.

—Como Ebbe me ha dado cuanto poseía, le corresponderé de igual manera, dándole el nombre de esposo.

Ninguno de los presentes imaginaba semejante desenlace; y Ebbe, arrodillándose ante Meta, besó su mano y contestó:

—¡Bendígaos Dios, Meta, por la felicidad que concedéis á un hombre tan humilde!

Olaf no pudo apenas reprimir su cólera al verse suplantado por un oscuro caballero; pero Borre se adelantó y dijo á Meta:

—Hija mía, como tú has escogido al que te parece mejor, solamente debo añadir una palabra y expresar un deseo que quisiera ver satisfecho. La última vez que estuvimos reunidos aquí, Ebbe fué poco afortunado en el

Esa pieza fué cantada en el templo de Jerusalén, y aun puede oírse en las sinagogas judías. Un original de Orestes, por Eurípides (490 417, año cristiano), se conserva todavía. El fragmento de papiro en que está escrito este trozo de música está guardado en una caja de hierro, y ha sido una de las mayores curiosidades que se han exhibido en la Exposi-



EL REY NESS: —Aquí está,—contestó Ebbe, arrojando sobre la mesa una cabeza humana

torneo y en la caza; pero mañana, al romper el día, iremos todos al bosque, á fin de tener una oportunidad de poner á prueba su valor.

(Se concluirá)

VARIEDADES

MÚSICA ANTIGUA

La pieza de música más antigua que existe se llama *La bendición de los sacerdotes*, y se debe á la nación que ha producido mayor número de compositores musicales de la primera clase que conoció el mundo.

ción Internacional de música y drama celebrada recientemente en Viena.

El trozo más antiguo de música inglesa que se conoce es de 1226, y está en el Museo británico entre los manuscritos Harleian. Burney, en su *Historia de la música*, publicada en 1776, menciona tres valiosos manuscritos musicales antiguos encontrados entre los papeles del famoso Arzobispo Usher, de Irlanda, con notas y caracteres griegos. Esas tres composiciones son: un himno á Calíope, otro á Apolo y otro á Némesis, y se supone son obra del poeta griego Dionisio.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—MANUEL PLA Y VALOR: Ancha de San Bernardo, n.º 19. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA